

Teoría kantiana de la Libertad.

Para comprender la esencia de la teoría kantiana de la libertad, es necesario captar una de las más fundamentales y menos tomadas en cuenta tesis sostenidas en la Crítica de la Razón pura: la independencia del pensamiento frente a la intuición, en tanto que el pensamiento puede referirse (o representarse para hablar en el lenguaje kantiano) a objetos no "dables" en la intuición.

Todos los expositores del kantismo y la mayoría de los historiadores de la Filosofía, están de acuerdo en reconocer que según Kant el pensamiento puede fundamentarse de manera mucho más sólida que si se fundara meramente en la experiencia. Y esto es debido a que existen formas del pensamiento (que a su vez pueden ser pensadas), conceptos puros o categorías no derivados (ni derivables) de la experiencia. Estos conceptos son los que permiten a determinadas proposiciones de las ciencias naturales tener una validez necesaria y universal, pues no sólo no se derivan de la experiencia sino que son los que la hacen posible, los que le dan un orden y un sentido unitario.

Pero, y en esto es en lo que por lo general no se insiste, el pensamiento puro, es decir el pensamiento independiente de la experiencia sensible, no se reduce a las categorías. Los



únicos conceptos puros no son aquellos que se aplican para la constitución de las ciencias naturales, sino que existen muchos conceptos que no tienen aplicación alguna para la ciencia y que sin embargo pueden pensarse. Conceptos como "cosa en sí misma", "libertad", "deber" etc., son conceptos puros, es decir que no pueden ser derivados de la experiencia, pero que son perfectamente determinados como conceptos.

Esta es una de las tesis más importantes sostenidas por Kant: el pensamiento trasciende a la intuición, va más lejos que ella, puede pensar objetos que la intuición jamás puede brindar al sujeto cognoscente. Y es precisamente a través de esta tesis que se puede comprender la relación de Kant con el empirismo y con el racionalismo. Hasta antes de Kant se había confundido siempre al conocimiento con sus fuentes. En el proceso cognoscitivo toman parte el pensamiento y los sentidos. Para los racionalistas el conocimiento estaba constituido por el pensamiento. Para los empiristas por la intuición. Para Kant el conocimiento está constituido por la colaboración de ambos. Los racionalistas tienen razón al afirmar que el pensamiento trasciende a los sentidos. Pero el pensamiento como tal no constituye el conocimiento. Los empiristas tienen razón al afirmar que sin intuición (sin la experiencia) no puede haber conocimiento, pero están equivocados al afirmar que el pensamiento sólo puede pensar lo que le brinda la intuición. El pensamiento es una facultad independiente que se basta a sí misma, y que puede pensar una cantidad indefinida de objetos. Pero sólo cuando es refrendado por la intuición se transforma en conocimiento.

Kant insiste repetidas veces sobre el poder del pensamiento. Más casi siempre lo hace en forma no sistemática, como un paréntesis al lado de otras tesis también fundamentales. Por eso sus críticos y expositores (con algunas excepciones por cierto) no hacen suficiente hincapié al respecto.

Y es sin embargo esta contraposición entre el pensamiento y la intuición, esta posibilidad del primero de superar y trascender a la última lo que permite, dentro de la posición kantiana, referirse a la libertad humana.

Para comprender el sentido de esta referencia es antes necesario saber la diferencia que existe entre el fenómeno y el noumeno. La interpretación vulgar (aquella que no toma en debida cuenta la independencia del pensamiento frente a la intuición) es la que considera al fenómeno como lo que se nos aparece o da de las cosas, y al noumeno como las cosas en sí mismas.

El mundo estaría así dividido en dos grandes regiones: la región de las apariencias, y la región de las cosas en sí. Los objetos al ser captados por el sujeto sufrirían una modificación, puesto que el sujeto solo puede captar a los objetos a través de su propia constitución, de su propia estructura. De manera que los objetos, las cosas, jamás podrían ser conocidas tales cuales son en sí mismas, sino tal cual se dan a través del sujeto. La estructura del sujeto, a través de la cual se dan los objetos, está constituida por dos estratos: las formas de la intuición (el tiempo y el espacio) y las categorías del entendimiento (causalidad, sustancia, totalidad etc.). De manera pues que una cosa siempre se da al sujeto que la capta, como algo en el tiempo y en el espacio y sometido a las leyes de la causalidad, de la sustancialidad etc. Y estos caracteres de las cosas, no pueden atribuirse a las cosas en sí mismas, independientes de la actividad del sujeto, pues sólo las conocemos a través de ésta.

La interpretación vulgar de la posición kantiana es acertada al considerar el sentido del fenómeno. El fenómeno es la cosa en tanto que se nos aparece. El sujeto cognoscente capta objetos. Estos objetos están determinados por la estruc-

tura del sujeto, y en tanto que se nos aparecen, dependen en su contenido cualitativo y mutuas relaciones de la forma de nuestra mente. El fenómeno está pues constituido por los objetos en tanto que apariencias, en tanto que se dan a un sujeto.

Jamás puede captarse a un objeto en sí mismo, independiente de nuestro modo de captación, puesto que sería una contradicción que un objeto sea captado por un sujeto, y que su apariencia no dependa de la conformación mental del sujeto. Pero si bien no se puede captar un objeto tal cual es en sí mismo, puede “pensarse” que existen objetos aunque no exista un sujeto que los capte y que estos objetos tienen caracteres y propiedades, que jamás se podrán dar a un sujeto. Y esto es exactamente lo que significa la palabra “noumeno” o tal como la emplea Kant “noumenon”. Noumenon es el participio pasado del verbo griego noein, que significa pensar, de manera que noumenon significa “lo pensado”. La diferencia entre fenómeno y noumeno no se debe pues interpretar como la diferencia entre la cosa tal como se nos aparece, y la cosa tal cual es en sí, sino entre la apariencia de la cosa, tal cual se da en forma inmediata a la conciencia, y el pensamiento de la cosa en sí, el pensamiento de la cosa tal como jamás puede darse en la experiencia.

Aunque el texto de la Crítica es muchas veces vago y ambiguo (debido a que por primera vez se plantea una serie de problemas fundamentales en forma sustancial) se puede afirmar con seguridad que Kant no afirma la existencia de una cosa en sí, sino (sobre todo en la segunda edición) la posibilidad de pensar una cosa en sí. En esto reside la potencia maravillosa del pensamiento: puede pensar lo que jamás se puede dar a los sentidos, lo que jamás puede ser captado en forma directa mediante la experiencia. Puede pen-

sar cosas, cuya existencia o inexistencia no se puede probar.

Y ahora podemos comprender como aborda Kant el problema de la libertad. Entre las categorías del entendimiento, es decir entre los conceptos no derivados de la experiencia que permiten a los juicios científicos tener una validez necesaria y universal se distingue por su enorme importancia la categoría de "causalidad". La causalidad es una función estructural de la mente humana, todo objeto, al impresionar al sujeto cognoscente, es captado como efecto de alguna causa, y a la vez como causa de algún efecto. Es absolutamente imposible imaginarse un fenómeno (un objeto en tanto que captado, una apariencia) que no esté incluido en la cadena causal que rige la experiencia, porque la condición de la existencia del fenómeno, es decir la condición de la posibilidad de que un objeto sea captado es que se presente en una cadena causal (además por supuesto de otras condiciones, como la presentación, en un tiempo, en un espacio, en una totalidad, etc).

Ahora bien, el hombre tiene percepción de los otros hombres, los percibe a través de sus sentidos externos. Y tiene percepción de sí mismo a través de su sentido interno. Por lo tanto se capta siempre como fenómeno, e inevitablemente tiene que estar sometido a la ley ineluctable de la causalidad. Como fenómeno no puede por lo tanto ser libre, puesto que todas sus acciones están determinadas. Y ser libre es no estar determinados por factores externos, sino determinarse a sí mismo. El fenómeno es siempre causado por otro fenómeno anterior en el tiempo, y es a su vez causa de otro que le sigue. Conociendo determinadas causas se puede siempre saber cuales serán los fenómenos resultantes. De manera que debido a la ley de causalidad es posible la predicción en

el mundo de la experiencia, y la ciencia natural puede así constituirse en su máxima plenitud. Si a veces hay ciertos fenómenos que no se pueden predecir, es porque no se conocen todas las causas determinantes. Esto sucede sobre todo con la acción humana. Pero si se conocieran todas las causas antecedentes, los efectos se podrían determinar con rigor matemático, exactamente como sucede en el caso de la composición de movimientos o de fuerzas.

Por ello el hombre, tal como es visto por sí mismo, ya sea contemplando a sus semejantes o a su propia conciencia, es decir el hombre como fenómeno no puede ser libre. Por que ser libre es empezar una serie de actos en forma espontánea, sin que se deriven de anteriores determinantes causales. Pero fenoménicamente es esto imposible porque en el reino de los fenómenos no hay ninguna acción que pueda empezar por sí misma. La ley inexorable de la causalidad, nos dice que toda acción, sea de la clase que sea (meramente física, biológica, psicológica etc.), es siempre efecto de una causa anterior (o de varias) y causa de un efecto posterior (o de varios).

Así, si se analiza el acto de un criminal por ejemplo, conociendo todos sus antecedentes, su herencia, el medio ambiente en que se educó, sus asociaciones de ideas, su temperamento etc., se puede prever su crimen y demostrar que su acción tuvo que ser necesariamente cometida.

Esta es tal vez una de las conclusiones más geniales de Kant, una de las más definitivas: si se acepta la validez universal de la ley de causalidad en el campo de la experiencia, en este mismo campo no se puede hablar de libertad. La idea de una causalidad universal y de una libertad moral se excluyen mutuamente. En esta conclusión se nota ya el rigor y la independencia de prejuicios extra-teóricos que caracteri-

zan a la Filosofía de nuestros días, que en este sentido es descendiente directa de Kant.

Ahora bien, ¿puede hablarse de una libertad, habiéndose aceptado la validez universal de la causalidad en el campo de los fenómenos? Fenoménicamente, hablar de la libertad sería una "contradictio in adjecto". Pero Kant nos dice que si esto es imposible, puede "pensarse" una libertad de la persona considerada no como apariencia o fenómeno, sino como cosa en sí, es decir de la persona noumenon, de la persona pensada y no intuita, en una palabra, de la persona considerada como sujeto inteligible!

Si bien es del todo imposible "captar" (percibir o intuir por medio de los sentidos, o determinar por medio de conceptos extraídos abstractivamente de la experiencia) a una persona humana tal cual es en sí misma, sino que siempre se le capta como fenómeno, puede pensarse en esta persona, en este sujeto en sí. Desde luego esta persona noumenon (persona pensada) este sujeto inteligible (que se puede comprender pero no conocer, es decir que es inteligible pero no cognoscible) no estaría sometida a las condiciones subjetivas de captación. No estaría consecuentemente ni en el tiempo, ni en el espacio, ni sometida a la ley de causalidad. Podría empezar actos en forma espontánea, podría determinarse a sí misma, y sus actos no serían efectos necesarios de causas anteriores, puesto que en su reino atemporal no puede hablarse de anterior o de posterior. Sería por lo tanto libre.

Es desde luego algo difícil (y Kant lo reconoce) el pensar un sujeto atemporal, que tenga decisiones atemporales y que actúe en forma espontánea sin que esté determinado por causas anteriores. Pero este pensamiento "no contradice" al principio de causalidad, puesto que este sólo rige en el campo de los fenómenos y no en el de las cosas en sí.

Kant llega así a la siguiente conclusión, el hombre como fenómeno no es libre, *pero puede pensarse* que es libre como noumeno. Esto es lo realmente importante en el punto de vista kantiano: no pretende probar que el hombre es libre, sino que, basado en su teoría general del pensamiento puro, demuestra que se puede pensar que así sea. Las citas que siguen comprueban lo dicho:

“Debe tenerse en cuenta: que no hemos querido demostrar la realidad de la libertad en tanto que una de las facultades que contienen la causa de las apariencias de nuestro mundo sensible.

Además no hemos querido ni siquiera probar la “*posibilidad de la libertad*” (nosotros subrayamos); pues no podríamos lograr esto ya que no podemos conocer en general la posibilidad de ningún fundamento real y de ninguna causalidad partiendo de conceptos puros a priori. (No debe olvidar el lector que el pensamiento sin la intuición no puede nunca ser conocimiento).

“Ahora bien, esta Antinomia descansa en una mera ilusión, y, que la Naturaleza, por lo menos *no contradice* a una causalidad de la libertad (es decir a una acción que sea la causa de fenómenos pero que en sí no sea efecto de ninguna otra causa), fué lo único que pudimos lograr (probar) y lo único que efectivamente nos concernía” (Crítica de la razón pura, edición alemana de Raymund Schmidt, pág. 623).

Aprovechamos la ocasión para hacer notar cuán falso es, y cuánta ignorancia demuestra la creencia tan común de que Kant comete una contradicción al hablar de la libertad. Kant no comete ninguna contradicción, pues no pretende

probar la libertad, sino sencillamente que no es contradictorio con su sistema de las categorías pensar una libertad del sujeto considerado como cosa en sí. Kant jamás pretendió que había probado la libertad, y en su *Moral* (*Crítica de la Razón práctica*) conserva la posición afirmada en la *Crítica de la razón pura*.

De esta manera se puede pensar que una misma acción puede estar causalmente determinada y ser sin embargo libre. Porque la persona en tanto que ser en sí, es libre, es decir se decide sin estar anteriormente determinada, realiza acciones que no son efectos. Pero estas acciones al ser captadas por ella misma (conciencia de sí mismo) o por otras personas, se filtran a través de las condiciones subjetivas de toda captación de objetos, y nos aparecen ordenadas en un espacio y en un tiempo y enlazadas según una rigurosa ley causal. De manera que la determinación empírica de nuestros actos, (en la que no cabe libertad de ninguna clase), se puede considerar, gracias al poder del pensamiento que trasciende a toda intuición posible, como el resultado de la captación de los actos de la persona libre. Nuestros actos se nos aparecen causalmente enlazados, y siempre como efectos de causas anteriores. Pero en realidad son libres, y consecuencia de una decisión atemporal e incausada.

He aquí a grandes rasgos la teoría de Kant. Ha sido muy criticada, sobre todo debido a su aparente estructura metafísica. Pero si se enfoca a la luz de su teoría del pensamiento, y se toma en el sentido indicado por sus propias palabras, es decir como una teoría que trata únicamente de probar que se puede pensar la existencia de una libertad, se ve que en sí es de un inobjetable rigor. Para criticarla habría que criticar toda la noseología kantiana y en especial su doctrina del pensamiento y de la intuición. Kant tie-

ne el mérito de haber planteado por primera vez el problema de la libertad y de la ciencia. Si la ciencia natural presupone una causalidad rigurosa, entonces la libertad no puede coexistir en el mundo estudiado por la ciencia. Ahora bien, la ciencia presupone esta validez universal de la causalidad en el campo de los fenómenos, por lo tanto la libertad no puede existir en el mundo real, en el mundo que conocemos, en el mundo de nuestra vida cotidiana porque éste es el mundo de los fenómenos.

Y desde Kant se ha aceptado casi sin críticas este postulado (con excepción tal vez de Boutroux): el mundo de los fenómenos, el mundo de los hechos, en una palabra el mundo que llamamos o nos parece real y en el que se desarrolla nuestra vida social, está sometido a los rigores inevitables de la ley causal. De allí que todo el esfuerzo de los grandes filósofos se haya dirigido hacia la superación de esta dificultad fundamental. Todos ellos han querido aceptar la validez universal de la ley de causalidad y la existencia de la libertad.

Biblioteca de Letras

«Jorge Puccinelli Converso»

FRANCISCO MIRÓ QUESADA.